



## BOLIVIA

(Competencia en el «mercado de la pobreza»)

Luis Fernández de la Buelga

Las huellas que dejó en mi memoria un reciente viaje a Bolivia puedo expresarlas parafraseando a mi compañero de la Universidad de Oviedo, el profesor Pañeda –«La Nueva España» 13 de abril de 2008–: **«llora, lloramos por ti, Bolivia»**. Derramamos y derramo lágrimas por ti, no tanto por las medidas antiguas de política económica que viene adoptando tu Gobierno –dicen allá que con el asesoramiento de expertos españoles–, cuanto por la confusión y división que reina entre tus pacíficos y hospitalarios ciudadanos, y singularmente por el nivel de pobreza que acabo de tocar con las manos en Santa Cruz de la Sierra: en el Plan Tres Mil y en Los Lotes–Isla del Palmar, cinturones de miseria de este poblado departamento tuyo; lloras tú también, porque la senda política que has tomado está atestada de crecientes dificultades.

De regreso a casa, con tu permiso y con el de mis amigos los voluntarios y cooperantes que trabajan en Santa Cruz, deseo narrarles brevemente a mis paisanos cómo te he visto; es mi percepción; no quiero molestarte; sólo anhelo que erradiques de tu suelo la pobreza y encuentres la estabilidad institucional que la vía del desarrollo requiere.

### El escenario sociopolítico

La República de Bolivia, distinguido lector, vive un momento político y social que me atrevo a denominar caótico: primero, porque a la desintegración del sistema electoral (la Corte Nacional Electoral) se suman la del Tribunal Constitucional y los problemas para redactar y aprobar la nueva Carta Magna, y la prohibición, es cierto que sólo verbal, –«autonomía para las logias», acaba de decir Evo Morales –de referendos autonómicos, expresión de la descentralización largamente deseada frente al centralismo del presidente y su movimiento. Pese a la negativa y los obstáculos mediáticos del Gobierno, los principales departamentos (los que denominan allá «Media Luna») han aprobado sus estatutos con amplias mayorías. Como consecuencia, la situación creada es de ruptura entre los prefectos autonomistas y el jefe del Estado, por lo que éste acaba de convocar un Referendum Revocatorio para ratificar su continuidad, cita cuyo resultado probablemente le será favorable, afectando su resultado a la permanencia de los gobernadores o prefectos de la citada «Media Luna». En segundo término, la situación es convulsa porque a la ausencia de estas instituciones y la fractura entre el pueblo y el Estado, en expresión del expresidente Mesa, también se unen conflictos étnicos, de clase... Como se señalaba el 12 de marzo en las páginas de «El Deber», cada sector de la sociedad, cada departamento tiene su propia visión de cuál es el problema nacional, pero todos coinciden en señalar que la culpa es del otro: del indio, del colla, del cambia, del cruceño, del empresariado oligarca –llegaron a decirme–, de las transnacionales... En suma, la sociedad boliviana se halla dividida y desencantada con el indigenista proyecto del Movimiento al Socialismo (MAS) del que esperaban respuestas que no llegan para los problemas que acongojan a la población (pobreza, pensiones, empleo, sanidad, educación, corrupción y otras).

Para más inri, en este escenario institucional desordenado, este pasado verano irrumpió en amplias zonas del país el fenómeno atmosférico de «La Niña», que, como si los dioses quisieran desaparecerla de la faz de la tierra, dejó un rastro de muertes y miles de damnificados, eliminando infraestructuras que imposibilitaron durante semanas las comunicaciones dentro y entre las provincias, principalmente en el sur de Santa Cruz y Cochabamba, llegando a carecer la población de medicamentos y artículos básicos.

### El papel de la Iglesia católica

Algunos lectores se preguntarán sobre el papel que está representando la Iglesia en estas circunstancias, en este conflicto institucional e interracial en un país con una población católica superior al 90 por ciento. Aunque pueda resultar un tanto atrevido pronunciarse, si antes no repasamos la historia de la República desde el fin de la colonización española hasta el presente, cabe señalar, no obstante, que algunos estudiosos del tema religioso autóctono dicen que la Iglesia boliviana tiene dos caras: una, la oficial, encarnada por el cardenal Terrazas, próxima al poder económico, y otra la de aquellos que se postran ante el rostro indio de Dios, la de los que dan la vida por sus ovejas. Sin que posea elementos suficientes para una opinión documentada, debo indicar (no obstante la postura de una parte del clero y de las comunidades de base) que al cardenal le he oído interpelar repetidamente a la población en la necesidad de conciliar las aspiraciones de unos y otros, de reducir la pobreza y la desigualdad; de evitar por todos los medios que la disputa se intensifique. Con menos eco sobre el conjunto de la nación, que no menor importancia para el pueblo, también monseñor Castellanos, premio «Príncipe de Asturias», amén de homilías con mensajes a la población en línea con la doctrina social de la Iglesia, vive y convive con los desdichados del Plan Tres Mil. En este barrio ha edificado con ayuda española la denominada «Ciudad de la Alegría», desarrollando en ese espacio proyectos educativos y humanitarios; este obispo

*paramés* encarna la religión con mayúsculas; la que desde los púlpitos se transmite en esta parte del mundo, después de haber estado allí, es otra. En fin, teniendo en consideración lo indicado, tengo para mí que la función que está desempeñando la Iglesia en Bolivia, como en otras partes del mundo empobrecido, es moralmente eficaz y digna de alabanza.

### **La economía y las actuaciones de política económica**

Conocido es que Bolivia está situada en los primeros lugares del ranking de la pobreza en América Latina. Bastan para atestiguarlo algunas cifras: el ingreso medio por habitante fue en 2006 de 1.153 dólares americanos; el salario mínimo de 525 bolivianos (bs) –setenta euros–, y el promedio salarial para el conjunto de los trabajadores de 967 bs –128 euros–; para los empleados –distinción del Instituto Nacional de Estadística boliviano–229€ mensuales. En dicho año, el 65 por ciento de la población vivía en la pobreza; el 40 por ciento en situación de extrema pobreza. En los barrios de Santa Cruz que visité –embalse de las gentes que huyen de sus tierras del altiplano buscando un futuro mejor–, estos porcentajes, según algunas fuentes bolivianas no gubernamentales, pueden llegar al 80 por ciento. En los últimos años, la situación no parece haber mejorado, pese a la entrada de fondos provenientes de las exportaciones de energía y minerales (gas, petróleo, oro, plata, zinc, estaño, tungsteno y sodio). Las remesas de emigrantes (mil millones de dólares por año), como me indicó –lamentándolo y, tal vez, exagerándolo–, la psicóloga de nuestra Guardería «Pimpollitos» que vienen principalmente de España se emplean en celulares...La caída de la inversión privada, la salida de capitales al exterior y todo el cúmulo de incertidumbres que se ciernen sobre el asentamiento de un sistema político pluralista están haciendo que el crecimiento del Producto Interior Bruto resulte a todas luces insuficiente para reducir su pobreza, objetivo primordial de las Naciones Unidas para el año 2015 (Objetivos del Milenio) para éste y otros países de dentro y fuera de América Latina. Por lo demás, Bolivia contabiliza desajustes económicos significativos; por ejemplo, en el primer trimestre de 2008 el tipo real del ahorro era negativo en un 5 por ciento y el del crédito ronda incluso el 10 por ciento real (hasta el 20 por ciento nominal). El Plan Nacional de Desarrollo, aprobado por el Gobierno del señor Morales, incorpora como premisa de la acción política y económica la presencia del Estado en todos los ámbitos. En efecto, resulta exponente de ello las actuaciones económicas del Ejecutivo en las últimas semanas: a las nacionalizaciones de los hidrocarburos seguirán –según acaba de anunciar en Perú el presidente– las de la minería, la tierra y los recursos forestales; por decreto, estuvo prohibida durante semanas la exportación e importación de artículos de primera necesidad, decisión que ha sembrado su geografía política de huelgas, manifestaciones y bloqueos de carreteras. En particular, los operadores de la cadena de valor del aceite vegetal –desde el agricultor de soya (soja) hasta el transportista, pasando por la industria transformadora– se han unido para contestar esta un tanto exótica actuación económica, contraria a las reglas del comercio internacional. El Gobierno dice pretender la reducción de los precios de los artículos básicos. El propósito es loable, en un país con los índices de pobreza apuntados, si no consideramos la opinión de aquellos que señalan que se trata de una «acción monopolística», tendente a crear una gran empresa pública aceitera. Sin embargo, debe señalarse que de la producción de aceite vegetal, el 70 por ciento ha de ser necesariamente destinada a los mercados exteriores, ya que el consumo interno no puede absorberla. Por tanto, la medida hubo de modificarse recientemente para evitar un deterioro aún mayor del clima económico y social, la ruina de agricultores de reducido tamaño y la destrucción de los mercados de exportación.

No obstante lo señalado, en este orden de cuestiones, no puede obviarse la preocupación que existe a nivel mundial por el encarecimiento de las materias primas, y singularmente de los productos alimenticios –desde 2004 el incremento promedio fue, según el Banco Mundial, del 37 por ciento; para 2015, se estima en el 56 por ciento –. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) así como el Banco Mundial acaban de celebrar en Roma sesiones monográficas sobre estas cuestiones sin llegar a acuerdos vinculantes, salvo la aportación de ciertos fondos para atender las necesidades perentorias de mil millones de personas. Pero, en fin, admitiendo la gravedad de estas elevaciones en los precios de los productos básicos, cuyas causas no se pueden narrar aquí por obvias razones de espacio, las intervenciones públicas en la economía boliviana sólo podrían comprenderse en parte, si contemplamos, como se indicó antes, los altos índices de pobreza, de desigualdad– el 10 por ciento de la población recibe el 40 por ciento de la renta– y de corrupción, y especialmente en el caso del aceite y otros productos básicos, si recordamos que en los países pobres, como el que nos ocupa, el 60 por ciento del gasto familiar se destina al consumo de estos bienes, frente al 10 por ciento en los desarrollados. Ciertamente, este fenómeno mundial de incremento desproporcionado de los precios de los alimentos hará más pobres a los más pobres; los de Bolivia, África, Asia...La solución no se vislumbra, pues proliferan las medidas contra el cambio climático, fomentando el uso de la tierra y de algunos de sus productos para la obtención de combustibles, lo que, a todas luces, generará más pobreza ¿Qué es primero, los combustibles o los comestibles? Como acaba de señalar en la Cumbre de Roma J. Zieger (ONU), dado el nivel de pobreza en África y otros países, el uso de materias primas alimenticias para

producir etanol es «un crimen de lesa humanidad». O, como manifestó en el mismo foro J. Diouf – director de la FAO–, mientras en 2006 el mundo gastó 1,2 billones de \$US en armamentos, mil millones de seres humanos no pueden disfrutar del más elemental de los derechos humanos: el derecho a comer y, por tanto, a la vida.

### «Mercado de la pobreza»

Para concluir la crónica de esta visita a Santa Cruz, me pregunto si desde aquí estamos haciendo algo para mitigar el hambre y la pobreza de los más desfavorecidos, en este caso de los bolivianos, en cuyo país España permaneció hasta 1825; y que nos acogió en los años treinta y nos recibe hoy fraternalmente en su seno. ¿Los aceptamos ahora con igual trato? ¿Tal vez manifestamos con más frecuencia de la que se dice nuestra mal disimulada hostilidad hacia ellos? ¿Confundimos el signo del gobierno de turno con el pueblo que sufre el hambre y las enfermedades para justificar nuestro desinterés por ellos? ¿Cooperamos con los que tratan de ayudar a estas gentes? Que cada lector de estas líneas, si lo desea, examine su conciencia y halle él mismo las respuestas. Pero creo que ha de saber que, más allá del quinto anillo, en los misérrimos cinturones de la ciudad citada trabajan abnegadamente para estas gentes misioneros y civiles titulados superiores (cooperantes y voluntarios españoles y de otras nacionalidades) en condiciones muy precarias; viven como ellos, participando de su pobreza. El ingreso básico para muchos de sus habitantes –además de la «Renta Dignidad» de 200 bs/mes, que, desde el uno de enero de 2006, aprobó el Gobierno para los mayores de 60 años– proviene de la elaboración y venta de alimentos o chucherías (las condiciones sanitarias no son, por cierto, las más recomendables) en puestos situados en la misma calle. Se trata de «negocios fugaces»: el éxito en uno de ellos, debido a la intensa competencia, termina expulsándoles (sin coste) a la búsqueda de nuevos «negocios» (sin barreras de entrada) en un inevitable ir y venir que no puede tener final; «es la competencia perfecta en estado puro» –me dice un licenciado en Economía–, al que me permití matizar la expresión: «Querido Luis, de acuerdo: se dan algunas de las condiciones de la institución de mercado que señalan los manuales de microeconomía, pero yo la etiquetaría más bien como “competencia perfecta en el *mercado de la pobreza*”». No debió parecerle bien la observación; el tiempo y la convivencia en aquel medio, pese a ser no pocas veces hostil, hace ver a los cooperantes, sacerdotes y religiosas que lo atípico es el modo de vida de aquí. ¿Tendrán razón?

---

Luis Fernández de la Buelga ha sido director general de la Fundación Banco Herrero y director del Servicio de Estudios Económicos del Banco Herrero. Hoy es presidente de Fundación Plataforma Solidaria Asturias y PTU de la Universidad de Oviedo.